

Beatus qui intelligit super egenum et pauperem: in die mala liberabit eum Dominus. Bienaventurado aquel que se acuerda del pobre y del necesitado, el Señor le librará en el día aciago. Psal. 40. v. 1.º

Llegada la hora de despedirse el señor José, le presentó Adelaida el par de camisas; y los niños le dieron tambien, no sabemos que cantidad de la que tenían ahuchada. Con lágrimas mas bien que con palabras ex-

presó el viagero su gratitud, y prometió escribirles tan pronto como hallase quien le hiciese la caridad de servirle de amanuense. Encargaronle los niños no dejase de avisarles tan pronto como supiese el paradero de la señora María, á quien deseaban conocer. Casilda le exigió que si encontraba á su hermana, y volvía con ella á España, no dejase de llevarla por allí, y Herman le ofreció un asilo en caso de no hallar á su hermana.

Partió pues el señor José, dos dias despues de haber llegado, á pie como habia venido, y

con un hatillo en la mano, que sin duda seria el regalito de Adelaida. Como con este motivo habian madrugado los niños, quiso Herman disfrutar con ellos del fresco de la mañana, y se fueron de paseo hácia la aldea, con ánimo de ver al señor cura, á quien no habian visto, á causa del mal tiempo en los dias anteriores. Mucho llevaban que contar los hijos de Herman á su amigo Casimiro, y ya por el camino iban haciendo su composicion de lugar. Iban tambien muy satisfechos por la limosna que habian hecho; porque eso tienen

:

las buenas acciones que satisfacen y alegran el corazón del hombre mas que ninguna otra cosa.

Saludaron al párroco, á quien dió cuenta Herman de la visita que habian tenido despues de la última entrevista, é hizo una ligera reseña de las cualidades y circunstancias de la persona á quien habian hospedado. Mucho alabó el cura la generosidad de los hijos de Herman, sobre quienes, dijo, derramaria el cielo sus bendiciones, porque Dios así lo tiene prometido á los que socorren á sus prógimos necesitados. Y en ver-

dad que no pasaron seis horas desde que el venerable párroco así se explicaba con los niños, antes que estos tuviesen motivos de reconocer la verdad de cuanto les hablaba. Seria como la una ó las dos de la tarde, y el cielo cubierto casi de una á otra parte del horizonte de una oscura y densa nube, amenazaba con próxima tempestad. Apenas se dejaron sentir los primeros truenos cuando los tres niños, medrosos á cual mas, dejaron los libros, y se refugiaron al gabinete de la mamá, que ya tenia encendidos dos cables de vela y habia comenzado á rezar con Adelaida las plegarias

que en tales casos acostumbraban. No haria un minuto que los niños se habian arrodillado en derredor de la mamá, cuando un trueno espantoso hirió tan fuertemente sus oídos, que estremecidos y atónitos cayeron todos en el suelo tan aturdidos que no acertaban ni aun á llorar. La casa retembló, y sufrió algunas oscilaciones, como las que suelen esperimentarse en los terremotos mas violentos. Seguia la tempestad redoblando su furia; y los niños y la madre permanecian inmóviles, mirándose unos á otros, en el mas profundo silencio.

Mamá, ¿y el papá? preguntó Adelaida con voz llorosa.

— Hija mia, el papá, el pobre papá está en el campo, respondió Casilda tambien con lágrimas á los ojos.

Ni que hubieran visto caer muerto á su querido papá, no hubieran prorrumpido en tan sentido llanto, como el que les causó á todos cuatro el saber que estaba en el campo, sufriendo lo mas duro de la tempestad sin otra guarida que la de los árboles, sin mas compañía que la del *valiente*. ¡Pobre papá! pobre papá! estos eran los únicos acentos que mezclados con so-

llozos salian de aquellos labios angelicales. Casilda tambien lloraba, y temia por la vida de su querido esposo. Entre tanto el pedrisco continuaba, los truenos no cesaban, y los relampagos tenian tan iluminado el aposento como pudiera estarlo si á ventanas abiertas entrara el sol del medio dia. Levantóse Casilda para entornar las ventanas y sus cuatro hijos, asiendola fuertemente de los vestidos, no quisieron separarse de ella ni aun el corto trecho que habia de distancia hasta la ventana. Apenas se habian puesto de pie cuando otro relampago mas

fuerte que los precedentes les cegó de nuevo y dió con ellos en el suelo; siguió al relampago un trueno tan espantoso, que hizo retemblar la casa en tales términos que todos creyeron se venía á tierra el edificio. Redoblaron los niños sus lamentos, y de sus ojos se desprendian rios de lágrimas que podian competir con los que por el campo hacia correr la lluvia del cielo.

Mamá, dijo Enrique estregándose los ojos, el señor cura nos ha dicho que, porque habiamos usado misericordia con el señor José, Dios se acordaria de nosotros y nos libertaria en el día

aciago, en el dia de la tormenta. ¿Será verdad?

— Si, hijo mio; Dios lo ha ofrecido, y sus promesas no pueden faltar. A todos alentó el recuerdo del bien que aquella misma mañana habian hecho á un desvalido; y comenzaron á esperar que tambien su papá se conservaria en el campo exento de todo daño en medio de tan espantosa tempestad. Un breve rato duró todavia la ansiedad é incertidumbre, al cabo del cual sintieron que el viento empujaba las puertas y ventanas; luego ya los truenos se oyeron lejanos; al ruido estrepitoso de la piedra

sucedió el suave susurro de la lluvia, y un poco despues los rayos del sol asomaron por las junturas de la ventana, como para ver y observar lo que pasaba en aquella triste morada. Ni los primeros resplandores del día alegran tanto al caminante extraviado en una noche procelosa, ni la tierra vista aunque de lejos tranquiliza al naufrago sin esperanza, como estos primeros rayos del sol tranquilizaron y alegraron á estas despavoridas criaturas. Al momento se encaminó Casilda á abrir de par en par las ventanas del aposento: todavia no se atrevian los niños

á desasirse de los vestidos de la madre. Sucediales lo que á los iuespertos corderillos que, amilanados por la proximidad del lobo, no osan separarse de sus madres, aun cuando ya oyen á lo lejos los ladridos de los perros que persiguen á su enemigo. Todos dirigieron inmediatamente sus miradas hácia el camino por donde debia venir Herman. No tardaron eu verle que corria hácia su casa con mas celeridad de la que permitian sus años, sin que le detubiese ni el enorme peso del agua que sobre si llevaba, ni el mal estado del camino. Venia con grande ansiedad

porque, según manifestó después, temía no hallar de su familia sino cenizas sepultadas en los escombros de la casa. Tan grande multitud de rayos había visto caer mientras la tormenta sobre aquel pequeño edificio. Luego que vió la casa en pie se reanimó algún tanto, aunque siempre temió por la vida de sus queridos esposa é hijos. Cuando la proximidad le permitió divisar agrupados en la ventana á Casilda con los cuatro niños, se arrodilló, levantó sus manos al cielo, y con los ojos fijos en él permaneció un breve rato, es de creer, dando gracias al criador

porque contra sus temores, vivian todavia las prendas mas caras de su corazon. Todos quisieron salir al encuentro á Herman, y el recibimiento fué de lo mas tierno y afectuoso que puede darse. Brevísima fue aquella interesante escena, pues el interes con que Herman y Casilda miraban á los domesticos, los llevó inmediatamente á sus respectivos departamentos. Dos de ellos permanecieron en el cuarto del señor Zenon, rezando rosarios, y sin pasar grande pena por su amo, porque ignoraban hubiese salido al campo. Los de la cocina quedaron asficsiados

y sin conocimiento. En tal estado los hallaron Herman y Casilda. Aplicandoles vinagre á las narices y hechandoles agua fria sobre la cabeza lograron hacerles volver en sí. Las heridas eran leves. De tres que eran ninguno de ellos habia oido los truenos, ni tenia la menor noticia de la tempestad que tanto habia atemorizado á los demas. Fueron luego al cuarto de la doncella que estaba desmayada sobre su cama, pero sin ninguna herida. Esta observó hasta tres centellas dentro de su mismo cuarto, y á pesar de que fueron saltando de uno á otro obgeto de los que

habia en el reducido aposento, ninguna se llegó á ella; fenómeno raro, que pudo muy bien atribuirse á la circunstancia de hallarse entonces la muchacha con vestido de seda, y cubierta la cabeza con un pañuelo de igual materia.

Atónitos estaban contándose unos á otros lo que habian sufrido mientras tan peligrosa tormenta, cuando llegaron á la puerta de la casa el cura y otros vecinos de la aldea que temian hubiera sucedido en el cortijo alguna desgracia lamentable. Unos muchachos que subieron al campanario á tocar las cam-

panas mientras la tempestad, digeron que habian visto por tres veces desprenderse tales globos de fuego sobre el cortijo del señor Herman, que era imposible no estubiese todo el abrasado y reducido á cenizas; lo mismo habia visto Herman desde el campo; esto era lo que hizo al Párroco y demas personas que le acompañaban, venir á toda priesa á saber las novedades, que pudieran haber ocurrido en casa de sus buenos amigos. La alegría fue universal cuando se supo que el daño habia sido insignificante.

—Cuanto nos hemos acordado,

dijo Enrique al señor cura, en los momentos del mayor peligro de lo que V. nos dijo esta mañana! ¡De qué consuelo nos han sido aquellas palabras de los Psalmos, que V. nos repitió: *Bien aventurado el que usa misericordia con el pobre; el Señor le librarà en el dia aciago!* Refirió con este motivo el párroco á los señores, que con el habian venido, los buenos oficios que todos en aquella casa habian prestado á un pobre descaminado; y todos se convencieron de que el haberse preservado la familia toda de Herman de una ruina, que parecia inevitable,

habia sido un prodigio con que Dios habia querido remunerarles por la caridad que habian usado con aquel pobre, tanto mas que luego se echó de ver que de todas las posesiones en un radio de tres leguas habian sido las de Herman las que menos habian sufrido del pedrisco. Convidó Herman al párroco y demas señores á comer, pero se escusaron cortesmente y se despidieron repitiendo á toda la familia los mas cordiales parabienes. Era ya pasada la hora de comer, y aunque ninguno tenia gana, quiso Herman tomasen siquiera una taza de caldo.

Despues que tomaron un refrigerio y descansaron un breve rato, quiso Herman salir á ver que daño habia causado la piedra en las posesiones mas inmediatas al cortijo. Llevose consigo á los niños y al *valiente*, que todavia estaba asaz mohino, de tanto como se habia mojado y asustado al medio dia. Cinco ó seis árboles habian sido desgajados por los rayos, y al pie de todos ellos se veia un hoyo como de unos dos pies de diámetro é igual profundidad, hoyos que no se descubrieron por ninguna otra parte, lo que hizo creer á los niños que no habria caido

ningun rayo sino sobre los árboles. Acerca de esto y sobre otras cosas concernientes á los rayos y tempestades hicieron mil preguntas á Herman, quien creyó ser ocasion la mas oportuna para instruirles acerca de la naturalaza del rayo y origen de las tempestades, y despues que les hizo sentar sobre una peña les habló de esta manera.

Todos los cuerpos de la naturaleza están llenos de un fuego conocido con el nombre de *fluido electrico*, el cual no en todos los cuerpos se manifiesta de una misma manera. Cuerpos hay que cuando se les frota dan señales

inequívocas de la existencia de este fluido; otros por el contrario, aunque se les frotara teernamente, jamas se conociera en ellos la existencia de la electricidad, que únicamente manifiestan poniendose en contacto con un cuerpo electrizado. Los vidrios, cristales, ceras y resinas son cuerpos de la primera clase; los metales y maderas secas son los principales que pertenecen á la segunda. El globo de la tierra es un depósito ó almacén en donde se halla la mayor cantidad del fluido eléctrico, de allí le toman todos los cuerpos, así los que se hallan sobre la super-

ficie de la tierra como los que están suspendidos en la atmósfera. Entre otras propiedades tiene este fluido la de atraer y repeler los cuerpos leves, y pasar de un cuerpo á otro en forma de una chispa y con un chasquido ó sea una pequeña detonacion.

No comprendieron bien los niños estas cosas que les explicaba Herman, y al momento replicaron que jamas habian visto en el cristal, ni en la cera, ni en los metales lo que de atraccion, repulsion, y chispas les acaba de decir.

— No es fácil, continuó Her-

man, hayais observado nada de esto sino habeis hecho la experiencia. Tomad una barrita de lácre, frotadle un poco sobre un pedazo de paño, y aproximándole luego á un pedacito de papel que tenga poco peso vereis como lo atrae y lo levanta hasta que se pegue y una con él. Pero donde mejor se pueden observar y ver los fenómenos de la electricidad que acabais de oír, es en la máquina llamada eléctrica, cuyo diseño os haré cuando tenga un rato desocupado. Consiste esta máquina en un disco de cristal, comprendido entre unas almohadillas: haciendo ro-

dar al disco sobre su eje se frota con las almohadillas, y al momento se pone en acción el fluido eléctrico del cristal.

—¿Y qué hace? preguntó Fernandito.

El cristal nada, respondió Herman; pero el fluido eléctrico pasa desde el disco á un cilindro metálico, llamado conductor, en donde se manifiestan los fenómenos de la electricidad.

Y ¿se vé el fuego eléctrico al pasar desde el cristal al conductor? preguntó Enrique.

—No se vé; porque el conductor le absorbe por unas puntas en que termina, y se aproximan al disco.

porque habeis de saber que los cuerpos que terminan en punta toman mas facilmente la electricidad, y sin chasquido ni chispas. Ahora si, recibida la electricidad en el conductor, le aproximais un nudillo de! dedo á una distancia como de media pulgada, vereis inmediatamente pasar del conductor al dedo una chispa, que aunque no quema, se deja sentir bien, y al mismo tiempo se oye una ligera detonacion.

Papá, y que tiene que ver todo eso con los rayos? dijo Adelaida impaciente porque se la instruyese sobre la causa

y naturaleza de la tempestad.

Aunque en mas baja escala, prosiguió el papá, no deja de ofrecernos la electricidad los mismos fenómenos que una tempestad: el rayo, el relámpago, el trueno todo se obtiene aunque en miniatura, digámoslo así, por medio de la máquina eléctrica. Esta semejanza entre unos y otros fenómenos hizo sospechar á Franklin, á mediados del siglo XVIII, que los rayos y truenos no fuesen sino electricidad que pasa de una nube á otra, ó bien de una nube á la tierra; por manera que la naturaleza hiciese en grande, lo que por

jugar y recrearse hace en su gabinete el físico con las máquinas. Esto sospechó Franklin é hizo prueba, remontando hasta las nubes en tiempo de tormenta una punta metálica, con ánimo de ver si recibía electricidad y producía los mismos efectos que si se aplicara al disco de la máquina.

Chocó á los niños el pensamiento de querer levantar hasta las nubes la punta de metal, y al momento preguntaron à Herman de que manera habia conseguido Franklin su obgeto.

— Por medio de una cometa ó milocha que remontó hasta las

nubes al aproximarse una tempestad. Primeramente esperó para hacer esta esperiencia que estubiese concluida una torre de mucha elevacion, que se estaba levantando en Filadelfia; pensando levantar sobre esta torre una barra de metal: despues creyó preferible el uso de la cometa.

Papà, preguntó Enrique, ¿y obtuvo Franclin el resultado que esperaba?

—Mucho rato estubo esperando, sin que la esperiencia diese el mas pequeño resultado: pero cuando ya desesperaba de lograr su obgeto, vió ciertas señales que le hicieron venir en

conocimiento de que la punta de metal estaba electrizada: en efecto la bajó, y aplicandole la espalda de la mano, se desprendió una chispa electrica, y se dejó sentir la detonacion que à tales chispas suele acompañar en el conductor de la màquina.

—Qué satisfecho quedaria el señor Franclin con este descubrimiento! exclamó Adelaida.

—Tanto, continuó Herman que, segun dijo, hubiera muerto sin pesar en aquel momento. Lloró de gozo, y abrazó fuertemente à su hijo, el único que habia querido le acompañase, à fin de no quedar en ridiculo, si

experiencia no daba todo el resultado que él esperaba. Desde entonces acá no cabe la menor duda en que los rayos y demás fenómenos que la naturaleza nos presenta en la tempestad, son producidos por la electricidad. Por manera que el rayo no es mas que la electricidad que pasa de la nube en donde se halla acumulada à otra nube, ó à otro cualquier objeto que se le aproxima. Ahora ya no estrañareis que sobre los árboles hayan caido únicamente las exhala- ciones; pues por su elavacion se aproximan mas à las nu- bes que otros objetos situados

sobre la superficie de la tierra.

— Papà, ¿y porque dijo V. que el no haberse llegado à Rosario ninguna centella pudo ser efecto de que llevaba vestido de seda? preguntó Fernandito.

— Porque la seda es de los cuerpos que no reciben la electricidad por comunicacion.

Como el piso estaba bastante húmedo, resolvió Herman ir volviendo hàcia casa, reservando para cuando à esta hubiesen llegado el dar à sus hijos una completa instruccion sobre esta materia, que al presente no habia hecho sino desflorar.